

HANNO SAUER

LA INVENCION DEL BIEN Y DEL MAL

Una nueva historia
de la humanidad

Traducción de Lara Cortés,
Ana Guelbenzu y Cristopher Morales

PAIDÓS Contextos

CAPÍTULO

1

5.000.000 de años

Genealogía 2.0

EL DESCENSO

Durante la sequía desaparecieron los árboles. A medida que la tierra se resquebrajaba, surgieron profundos valles y abruptos desfiladeros, gigantescos y oscuros lagos y pantanos, altas montañas y suaves colinas. En el lugar que antes ocupaban los frondosos bosques —que en su momento nos proporcionaron un refugio entre lianas, enormes helechos cubiertos de rocío y carnosas suculentas, y junto a cuyas raíces, que sobresalían del suelo, crecían decenas de setas sobre coloridos cálices de flores—, pronto aparecieron arbustos espinosos, matorrales y hierbas puntia-gudas.

Una vez que abandonamos los árboles y que ellos nos abandonaron a nosotros, lo que nos esperaba era un horizonte abierto. En este nuevo mundo sin fronteras llovían piedras y fuego, y el alimento escaseaba. Además, había grandes animales con terribles fauces que eran más veloces que nosotros y que estaban igual de hambrientos.

Un carrito de la compra medio lleno de huesos petrificados:¹ eso es lo único que ha quedado de nuestros antepasados más antiguos. Sus restos apenas consisten en un par de dientes, fragmen-

tos de cráneos, trozos de arcos superciliares, pedazos de maxilares inferiores y superiores y esquirlas de algunos fémures.

La terminología que usan los especialistas es desconcertante. Hoy en día se distinguen varios taxones (del griego clásico *taxis*, es decir, ordenación), según la rama del árbol genealógico zoológico en la que nos encontremos y las diferencias y escisiones evolutivas que queramos subrayar: la familia de los *Hominidae* engloba a todos los homínidos, esto es, no solo al género *Homo*, sino también a los gorilas, a los orangutanes y al género *Pan*, entre cuyos representantes más recientes se encuentran los chimpancés y los bonobos. La denominación *Homininae*, en cambio, se reserva exclusivamente para los homínidos africanos (lo cual excluye a los *Ponginae* asiáticos, o sea, a los orangutanes), de los que forman parte, además del ser humano, el género *Pan* y los gorilas. Por último, el término *Hominini* se refiere a todos los humanos en un sentido estricto (aunque no en el más estricto posible): a esta estirpe —una tribu, en la acepción biológica del término— pertenecen los seres de tipo humano (bueno, no muy humanos aún) que hace unos cinco millones de años empezaron a poblar zonas del sur y el este de África; una serie de primates *Australopithecina* y otros de diferentes categorías más conocidas, como *Homo ergaster*, *erectus*, *heidelbergensis* o *neanderthalensis*. De todos estos *Hominini*, solo ha quedado uno: *Homo sapiens*.

COOPERACIÓN

La historia de la evolución de los *Hominini* más antiguos es la historia de los primeros antecesores protohumanos que surgieron tras separarse de aquellos antepasados que compartimos con el resto de los homínidos que siguen vivos. Esta crítica etapa inicial de nuestra evolución puede datarse hace aproximadamente cinco millones de años.²

La mayoría de los fósiles que se conservan —con excepción

de los del *Sabelanthropus tchadensis*, el más antiguo, cuyo cráneo, deformado de manera asimétrica, se descubrió en el árido desierto de Yurab, en el norte del Chad, dentro del yacimiento de Toros-Menalla— procede principalmente de África oriental, en concreto del territorio actual de Etiopía, Kenia y Tanzania. Se trata de fragmentos de huesos del muslo y el pulgar del *Orrorin tugenensis*, en la Formación de Lukeino, situada en las verdes colinas de Tugen; de varios molares del *Ardipithecus ramidus* y de una mandíbula inferior del *Australopithecus afarensis* (especie de la que forma parte Lucy), hallados en la depresión de Afar, junto al río Awash. La segunda gran concentración de hallazgos fósiles se encuentra en Sudáfrica, donde se han localizado los restos de varios de nuestros antepasados en las cuevas de Sterkfontein, Gladysvale, Drimolen y Malapa. No es improbable que esta especie de «mensaje dentro de una botella» nos haya llegado gracias a los leopardos y a otros grandes depredadores que vivieron en esas grutas y que solían arrastrar hasta ellas a sus presas para devorarlas.

Hoy en día, estos despojos fosilizados se encuentran diseminados por centros paleoantropológicos de investigación de todo el mundo, donde se les asigna una denominación a efectos burocráticos, se toma nota de ellos, se recogen en archivos, se registran y se diferencian bien. En este ámbito, al *Sabelanthropus tchadensis* se lo conoce, muy prosaicamente, como «TM 266»; el *Orrorin tugenensis* es «BAR 1000'00», y otros fragmentos, esquirlas y trozos constan como «Stw 573», «KT-12/H1» o «LH4». El *Ardipithecus ramidus*, por su parte, se llama «Ardi»; algo nada original, pero en fin...³

La historia de la hominización que nos narran estos hallazgos es provisional. Tal y como nos recuerdan a veces los filósofos, sigue siendo «rehén de los datos empíricos» y cada nuevo descubrimiento amenaza con evidenciar la necesidad de revisarla, corregirla y reescribirla, lo cual, en todo caso, es normal: solo los dogmas permanecen inmutables; en las ciencias, en cambio, los conoci-

mientos rara vez son duraderos. El acceso a nuestro pasado más remoto sigue siendo especulativo, pero no utilizo este adjetivo en un sentido nebuloso, porque se trate de algo que no pueda comprarse o que esté cogido por los pelos, sino en el sólido sentido de que legiones de mentes despiertas, armadas con los métodos más sagaces de la morfología comparativa, la genética molecular, la datación por radiocarbono, la bioquímica, la estadística y la geología, están intentando reconstruir la versión más plausible de esta historia a partir de multitud de teorías y conjuntos de datos heterogéneos. Esta reconstrucción dependerá de los secretos que la corteza terrestre, a través del azar geológico, decida compartir con nosotros. En este ámbito, a menudo somos como ese borracho que, cuando alguien le pregunta por qué busca junto a la farola las llaves que ha perdido, responde que mira allí porque precisamente es el sitio que está mejor iluminado.

Si en su momento fue posible reubicar la cuna de la humanidad en África oriental, es porque las condiciones geológicas de esta región permitieron sacar a la luz estratos de roca que en otros lugares se encuentran enterrados bajo decenas de metros de guijarros, arena y arcilla. Además, al igual que en cualquier otra disciplina científica, existe una estructura de incentivación que conduce a los investigadores —incluso a los más serios— a tender a relacionar sus descubrimientos más recientes con nuestros antepasados, y no con otras especies supuestamente menos importantes. De hecho, sorprende que no exista casi ningún fósil de chimpancé o de bonobo. Naturalmente, «nadie quiere renunciar a la oportunidad de convertirse en el descubridor de uno de los primeros homínidos, en lugar de en el descubridor del primer panino». ⁴

Pero, cuando hablamos de los primeros antepasados humanos tras la escisión evolutiva que los separó del resto de los homínidos, nos estamos refiriendo a animales cuya fisonomía y aspecto apenas recuerdan a los humanos modernos. Estos protohumanos, de poco más de un metro de altura, provistos de esos larguísimos

brazos tan característicos de los primates, hocico prominente, orificios nasales anchos y un espeso pelaje marrón oscuro que les cubría todo el cuerpo, se parecían más a los monos actuales que a nosotros. En realidad, los primeros signos de cultura y resolución inteligente de problemas no aparecieron hasta mucho tiempo después: las herramientas primitivas de piedra a las que debe su fama la garganta de Olduvai, en Tanzania, son de una antigüedad de, como máximo, dos millones y medio de años.

Por aquel entonces la zona era ya cálida, pero no demasiado, porque nuestros antepasados solían vivir a altitudes superiores a los mil metros. En aquellas praderas extensas y con abundantes árboles se pasaban el día en pequeños grupos, buscando en el suelo raíces y bulbos, brotes amargos y rizomas estriados, frutos secos y termitas, y, con algo de suerte, encontraban restos de animales que las hienas o los leones —que por aquel entonces aún eran bastante más hábiles como cazadores que nosotros— habían dejado atrás. Los trozos secos de carne de los cadáveres les proporcionaban proteínas, al igual que la médula de los huesos y los sesos, que ellos, con sus diestros dedos, extraían a cucharadas de los cráneos hendidos.

Hace dos millones de años comenzó el Pleistoceno, y con él una de las eras geológicas más decisivas para la evolución humana. La Tierra estaba poblada por una extraña megafauna: mamuts, rinocerontes lanudos, tigres de dientes de sable y armadillos gigantes recorrían su paisaje. Todos ellos se han extinguido ya, en parte por nuestra culpa.

Vivíamos en un mundo duro y peligroso. La amplia extensión tipo sabana que había surgido como consecuencia de la fractura del Gran Valle del Rift —que desde ese momento modificó por completo la zona oriental del continente— nos hizo vulnerables a los depredadores, de los que, en aquella región que se estaba convirtiendo en una estepa, ya no podíamos protegernos trepando rápidamente a las copas de los árboles. Las montañas que habían empezado a acumularse por el oeste cerraban el paso al viento y a

la lluvia, que hasta entonces habían llegado sin problemas desde el océano Atlántico y habían proporcionado agua al suelo.⁵

Las huellas de Laetoli, que se han conservado hasta nuestros días, nos hacen pensar en una familia —dos adultos y un niño—, cuyo rastro ha llegado a nosotros a través de casi cuatro millones de años desde las cenizas del volcán Sadiman, en el norte de Tanzania. Son los indicios fiables más antiguos de una existencia en la que caminábamos erguidos. Las nuevas condiciones vitales fuera de los densos bosques actuaron en favor del bipedismo. Pese a todo, seguimos siendo escaladores competentes durante mucho tiempo, pero cada vez nos veíamos más obligados a recorrer a pie largas distancias. En estas vastas llanuras cubiertas de vegetación merecía la pena disponer de una visión más general y caminar a un paso más ágil.

La vida social de este grupo de primeros homínidos puede analizarse a partir de una serie de modelos de presupuesto de tiempo, que, sin embargo, no ha sido posible formular hasta hace muy poco.⁶ Para sobrevivir en el medio, nosotros, los primates (y también otros seres vivos), teníamos que realizar tres tareas: procurarnos alimentos, reservar momentos para el descanso y velar por la cohesión social. Si se tiene una idea aproximada de cómo era el entorno arcaico de aquel tiempo concreto y se averigua más o menos la cantidad de tiempo diario puro (es decir, excluyendo la noche) de que disponía una especie determinada, es posible deducir el tamaño máximo que alcanzaban los grupos de esa especie, teniendo en cuenta que su cohesión dependía de lo que se conoce como «acicalamiento social»; es decir, de la desparasitación mutua, que es el mecanismo central por el que se establece la solidaridad social entre primates. Si se dedica mucho tiempo a buscar comida y otro tanto a descansar, quedará como máximo una cantidad equis de tiempo para ocuparse de la cohesión del grupo. Pues bien, sabemos que ese tiempo permitía mantener unidos a grupos de no más de veinte miembros.

Pero ¿por qué la vida social era tan importante para nuestros

antepasados? ¿Por qué nuestra capacidad de cooperación empezó a adquirir tanto peso? Estas preguntas nos conducen de nuevo a los cambios climáticos y geológicos que se estaban produciendo como consecuencia de la fractura del Gran Valle del Rift.

La primera transformación moral fundamental del ser humano consiste en el descubrimiento de la moral en sí misma. La mayor parte de las especies animales presentan regularidades en su comportamiento que permiten y favorecen la cohesión de un grupo. Los bancos de peces —que parecen seguir fantasmagóricamente un ritmo inaudible— cooperan a través del conformismo; los insectos sociales, como las abejas o las hormigas, han perfeccionado una división del trabajo en la que a menudo se exige el sacrificio total del individuo en beneficio de la colmena o de la colonia. La particular forma de cooperación que ha dado lugar a la moral del ser humano consiste en postergar el interés del individuo en aras de un bien común superior, del que todos se benefician.

El nacimiento de la cooperación humana fue el primer cambio moral decisivo de nuestra especie. ¿Y por qué la cooperación? La evolución de nuestra capacidad específica de colaboración fue posible gracias a las transformaciones climáticas y geográficas que determinaron que los bosques tropicales dieran paso a extensiones más abiertas, tipo sabana. Esto explica también que nuestro estilo de vida se diferenciase tan drásticamente del de los chimpancés y los bonobos. Nuestros parientes más cercanos, que se libraron de semejante cambio climático, siguieron viviendo en áreas de abundantes árboles alrededor del Congo, el río que discurre por el centro de África, por lo que quedaron expuestos a una presión selectiva completamente distinta. La desestabilización de nuestro medio y el drástico aumento de nuestra vulnerabilidad frente a los peligrosos depredadores nos empujaron en mayor medida a compensar esa nueva debilidad mediante una mayor protección mutua. Encontramos sostén y fuerza en grupos más grandes y con una colaboración más estre-

cha. Nosotros, los seres humanos, somos el fruto de lo que les ocurrió a los monos más inteligentes cuando, a lo largo de cinco millones de años, se vieron forzados a vivir en horizontes abiertos, en praderas extensas.⁷

ADAPTACIÓN

La psicología evolucionista se esfuerza por conocer nuestro presente a través de la historia de nuestra evolución. Tiene mala fama: muchos la acusan de ser un intento torpemente disimulado de legitimar prejuicios reaccionarios de carácter pseudocientífico. Esta sospecha no es del todo infundada, especialmente en el caso de la investigación sobre las diferencias entre géneros, que induce a ciertos teóricos a plantear relatos a veces descabellados; versiones de nuestra prehistoria evolutiva que suenan plausibles, pero que resultan casi imposibles de comprobar y que, en apariencia, explicarían por qué a las mujeres les gusta comprarse zapatos, mientras que los hombres prefieren ver un partido de fútbol. De acuerdo con estas narraciones, a la mujer arquetípica, cuyas antepasadas fueron recolectoras de frutas y bayas, le encanta buscar pequeños objetos coloridos para llevárselos a casa. El hombre, en cambio, que desde siempre ha estado obligado a cazar, siente de manera natural una fascinación sin límites por la competición física, la puntería, la lucha y la dominación. Por eso, hoy en día es totalmente normal que el hombre lleve presas a casa para alimentar a su familia, mientras que la mujer se asegura de mantenerse atractiva en todo momento.

Así las cosas, no parece en absoluto equivocado tachar de machista esta clase de psicología. Sin embargo, que la mitad de una disciplina sea una patraña sexista no significa que la mitad restante también carezca de seriedad. No es responsable negar que la evolución haya modelado nuestra mente, del mismo modo que ha modelado nuestro cuerpo: sería asombroso —y también misterio-

so y desconcertante— que la selección natural solo nos hubiese dejado huella de cuello para abajo.

La psicología evolucionista trata de gestionar la psicología con herramientas basadas en la teoría de la evolución. Intenta determinar si nuestra trayectoria evolutiva ha influido en cómo pensamos, sentimos, percibimos y actuamos y, de ser así, en qué medida lo ha hecho, con el fin de extraer lecciones del pasado que nos sirvan para el presente.

Una parte importante de este proyecto consiste en entender las condiciones del medio en las que tuvo lugar esa evolución. No es ninguna casualidad que desconfiemos de serpientes y arañas, que equipemos nuestras ciudades con parques que recuerdan los paisajes de la sabana, que sepamos apreciar las hogueras, que podamos pasarnos horas y horas cotilleando acerca de otras personas, que los ruidos repentinos y estruendosos nos asusten o que seamos capaces de hacer blanco con nuestras armas y de recorrer largas distancias. Nuestra percepción visual es sensible solo a una determinada parte del espectro electromagnético, concretamente a aquella que, desde el punto de vista biológico, resulta provechoso ver (y a la que denominamos «luz»). Se supone que estas condiciones también determinaron otras características de nuestra psicología. Nuestra mente sigue trabajando conforme a modelos que en su momento supusieron una ventaja competitiva para nuestros antepasados. A aquellas características que aportan una ventaja de este tipo a través de la adaptación se las conoce como «adaptativas». No todas nuestras capacidades tienen necesariamente un origen evolutivo. Sin embargo, es muy probable que las características funcionales complejas sean adaptativas o que lo fueran en el pasado.

Una de las consecuencias más interesantes de la psicología evolucionista es que permite explicar muchas de las disfunciones de nuestros pensamientos y acciones. Seguramente, el ejemplo más conocido de esta incongruencia entre la mente y el medio sea el apetito casi irrefrenable que sentimos ante el azúcar. Los hidra-

tos de carbono constituyen una importante fuente de energía para el cuerpo humano, y si hay algo que caracterizaba en el pasado a la energía era precisamente su escasez. Por eso tendría sentido que, como consecuencia de la evolución, hayamos heredado una predisposición a no dejar pasar ni una sola ocasión de tomar azúcar. Mientras los carbohidratos fueron escasos, esta predisposición resultó adaptativa, ya que el deseo del azúcar nos empujaba de una manera eficaz a consumir una fuente de energía que era importante para nosotros. Sin embargo, a partir del momento en que dejamos atrás nuestro entorno de adaptación evolutiva y tuvimos un acceso permanente a provisiones ilimitadas de azúcar en los supermercados y en las estaciones de servicio, nuestra avidez se convirtió en un problema: ahora tenemos que poner coto de manera consciente al imperativo evolutivo que nos induce a tomar toda la energía posible en previsión de las épocas de vacas flacas.

Desgraciadamente, nuestra psicología incluye todo un arsenal de tendencias atávicas para las que nuestras sociedades modernas representan un entorno cada vez más hostil: en ellas nos vemos obligados constantemente a dedicar enormes esfuerzos a reprimir instintos y modelos de pensamiento y comportamiento primitivos, lo cual hace más necesario el autocontrol y nos lleva progresivamente a sentir un difuso «malestar en la cultura»,⁸ porque, si bien nuestras necesidades materiales se han cubierto, también el nivel de exigencia con respecto a nuestra disciplina cognitiva se ha intensificado. De ese modo se perpetúa una percepción paradójica: del bienestar material de las sociedades humanas desarrolladas parece surgir una promesa de felicidad que se está cumpliendo solo a medias y a un ritmo frustrantemente lento, porque cada incremento de la complejidad social viene acompañado de un crecimiento de la sobrecarga cognitiva.

En una historia de la moral debemos analizar qué atributos de nuestro pasado evolutivo han modelado el tipo y el alcance de nuestra disposición a cooperar. Sabemos que en nosotros esa disposi-

ción es extraordinariamente espontánea y, además, sorprendentemente flexible. Pero ¿por qué?

La fase decisiva de nuestra evolución específicamente humana —es decir, la parte de nuestra prehistoria evolutiva que no compartimos con las amebas, los anfibios u otros mamíferos— tuvo lugar en un clima demasiado volátil. Con esto no me refiero a que en aquel tiempo la meteorología fuera especialmente imprevisible, sino más bien a que a lo largo de generaciones las poblaciones de nuestros antepasados tuvieron que lidiar con cambios climáticos rápidos y drásticos; unos cambios que, en condiciones normales, deberían haberse producido bien a un ritmo más lento, bien de una forma menos extrema, bien ambas cosas a la vez. Un entorno natural inestable premia la mayor flexibilidad y plasticidad —con lo que ello implica para la alimentación, la movilidad y el sedentarismo—, lo cual permitió a nuestros antepasados colonizar nuevos hábitats, incluso sin necesidad de experimentar previamente modificaciones anatómicas. Los avances tecnológicos mejoraron nuestra capacidad de lidiar con las exigencias que nos imponía la naturaleza y de resistir con éxito las nuevas condiciones de nuestro nicho. Además, en un entorno cada vez más caprichoso, tenía sentido compartir riesgos: si se sabe que cada año las tormentas derriban tres de cada veinte cabañas, pero no a qué cabaña concreta le tocará desmoronarse este año, merecerá la pena integrar en la estructura social sistemas de seguridad que, en caso de necesidad, protejan a los miembros de un grupo frente a los antojos del destino.

La presencia de especies de mamíferos de mayor tamaño determinó que la caza en equipo resultase una acción adaptativa. Muchos animales cazan de manera cooperativa, pero el nivel de precisión y coordinación que muestran los seres humanos no tiene parangón. En algún momento, nuestros antepasados empezaron a ser cada vez más dependientes del hallazgo de carne de animales grandes para alimentarse, con lo que, desde el punto de vista evolutivo, cobró sentido entrenar las intenciones colectivas

—las denominadas *we-intentions*, o intenciones nuestras—,⁹ aprender la compleja capacidad de la caza y, finalmente, ejercitar esta actividad junto con los demás. En paralelo, comenzaron a desarrollarse unas instituciones perfeccionadas que organizaban la participación en la caza y el reparto de las presas.

De ese modo, unos seres capaces de cooperar —como era nuestro caso— consiguieron cosechar los frutos de la colaboración que les proporcionaba el entorno natural o social. Nacieron entonces las denominadas «economías de escala», con las cuales las ventajas de la cooperación ejercida a través de redes cada vez más grandes fueron incluso mayores. Este fenómeno, al que los economistas se refieren como los *increasing returns to scale* o rendimientos crecientes de escala, significa que el éxito de nuestras acciones no siempre evoluciona de manera lineal: en ocasiones explota de forma repentina. Imaginemos que para cazar un elefante o una cebra se necesita contar con un grupo de al menos seis cazadores. Pues bien, la diferencia entre estar en un grupo de cinco miembros o en un grupo de seis no reside en que el primero cazará cinco conejos y el segundo, seis; sino en que el primero atraparé cinco conejos y el segundo, *un elefante*.

La «caza del ciervo» es un modelo teórico que explica esta forma de cooperación. En este juego de la seguridad hay dos jugadores (A y B) y dos opciones (cazar un ciervo y cazar una liebre). Para abatir un ciervo, los jugadores tienen que cooperar, pero para atrapar una liebre pueden actuar cada uno por su cuenta. De lo que se trata es de que los jugadores *coordinen* sus acciones. Si A decide ir a por el ciervo y B a por la liebre, A volverá hambriento a casa y B habrá desaprovechado una oportunidad. Solo si ambos optan por cazar el ciervo, alcanzarán un resultado óptimo.

En nuestro entorno de adaptación evolutiva, vivíamos en pequeños grupos. Un concepto fundamental en la antropología evolutiva es el número de Dunbar. El psicólogo evolucionista británico Robin Dunbar demostró que el tamaño del neocórtex de los primates determina la cantidad máxima de miembros que pueden

constituir un grupo, porque las comunidades más grandes y, consecuentemente, con una estructura social más compleja nos exigen procesar más información:¹⁰ tenemos que decidir en quién podemos confiar, así como mantener al día nuestros registros de reputación social para valorar quién es un buen amigo, quién es un buen maestro y quién es ambas cosas, quién caza, cocina o sigue rastros mejor que los demás o quién, cuándo y en qué medida ha hecho daño a quién.

El crecimiento del volumen de una comunidad tiene un efecto desestabilizador a largo plazo, porque en nuestra naturaleza no traemos incorporada la caja de herramientas institucionales necesarias para garantizar la resistencia de los acuerdos cooperativos. Dunbar sostiene incluso que, teniendo en cuenta nuestro volumen cerebral medio, el tamaño natural de los grupos humanos no puede superar los ciento cincuenta miembros, aproximadamente. Esta cifra es válida para los contextos más diversos, desde sociedades tribales hasta estructuras internas de organizaciones militares. Dicho de un modo coloquial: el número máximo de personas con las que podríamos estar tranquilamente en un bar tomándonos una copa es de ciento cincuenta.¹¹ La característica particular de las sociedades humanas es que, naturalmente, pueden tener mucho más de ciento cincuenta miembros, pero este fenómeno es reciente y ha requerido un andamiaje institucional que regule de manera cooperativa la formación de grupos más numerosos. Las comunidades surgidas espontáneamente acaban dividiéndose tan pronto como se supera su capacidad numérica máxima.

Los grupos pequeños a los que se encontraban adaptados nuestros antecesores evolutivos estaban en un estado de constante conflicto, aunque solo fuera latente. Para empezar, en las azarosas condiciones del medio en el que se desarrolló nuestro pasado evolutivo se desataron con frecuencia violentos enfrentamientos por los escasos recursos naturales disponibles. Sigue sin estar claro si el hombre, como aseguraba Thomas Hobbes, es un lobo para el hombre, pero los datos de la arqueología forense indican con

mucha claridad que en la mayoría de los casos los grupos humanos fueron extraordinariamente hostiles entre sí.¹² En ciertas tribus de cazadores y recolectores nómadas, el concepto de muerte natural —es decir, de una muerte no ocasionada por la violencia de los miembros de una tribu vecina— incluso es prácticamente desconocido.

No debe sorprendernos que el encuentro entre los grupos prehistóricos acabara con tanta frecuencia en violentos conflictos: desde el punto de vista evolutivo, era de esperar que estallasen guerras territoriales y enfrentamientos en torno a los recursos, porque los conflictos grupales son ideales para incrementar la presión selectiva a favor de los mecanismos cooperativos.¹³ Cuanto más depende la supervivencia de un individuo del éxito del grupo al completo, antes empiezan a resultar beneficiosas las acciones altruistas a favor del colectivo. A muchas personas les repugna la idea de que la guerra pueda ser un ejemplo de cooperación altruista, pero técnicamente es así: quien guerrea subordina su propio interés a un proyecto común y, al hacerlo, elige la opción cooperativa.¹⁴ Hay que tener en cuenta que su contribución individual no será ni mucho menos determinante para la victoria o la derrota y que también los objetores de conciencia se beneficiarán de los frutos de una posible victoria. Así pues, las guerras plantean el clásico problema de la acción colectiva. Que los actos bélicos sirvan o no a una buena causa desde el punto de vista moral es un aspecto secundario: la cooperación sigue siendo un pilar esencial de la moral humana, incluso cuando se coopera en aras de objetivos infames.

Por aquel entonces, probablemente los estallidos de violencia no se producían solo como consecuencia de encuentros casuales, sino también, y sobre todo, en el marco de ataques estratégicos de grupos enemistados. El clima volátil al que hacía referencia en líneas anteriores favoreció ambas situaciones, en la medida en que el frecuente rechazo a los migrantes hacía más probable el choque entre grupos que por aquel entonces se encontraban aislados. Los